

San José, Costa Rica. Miércoles 5 de noviembre, 2003

[Portada ►](#)

[Variedad ►](#)

[Sociedad ►](#)

[Cultura ►](#)

[Espectáculos ►](#)

[Además ►](#)

nación
•com

Galería
La ley

Gira sin cabeza
Ghandi / Evolución

¿A quién le cree
usted más las
noticias en
televisión?



A
Extranoticias
(Canal 42)



A Noticias
Repretel (Canal
6)



A TV Diario
(Canal 13)



A
Telenoticias
(Canal 7)

Email:

Notas Cultura:

[El oro no tiene edad](#)

[Ir a noticia](#)

Crítica de arte

El oro no tiene edad

Aurelio Horta M.

MAESTROS EN LA EDAD DE ORO

Museo de los Niños.

De lunes a viernes, de 8 a. m. a 4.30 p. m., y sábados y domingos, de 10 a. m. a 5. p. m.



La obra Mujeres de la artista Lola Fernández abandona todo lo convencional y establecido. (Foto: **Museo del Niño**/Para La Nación).

Las exposiciones colectivas nacen con un reto, el de su representatividad, que de alguna manera deben cumplir. En esta ocasión, lo representativo es la permanencia de quienes prueban cómo el camino del arte es sólo de los intransigentes. Catorce de ellos participan en la muestra convocada por el Consejo Nacional de la Persona Adulta Mayor, una iniciativa muy especial para mostrar esos recodos de valores sociales, que la política cultural refrenda con un positivo interés por ese patrimonio primero de la cultura, el artista.

Un nuevo encuentro con el maestro Rafa Fernández hace reencontrar ese halo poético ganado por la mujer pictórica como discurso de formas; mujeres encantadas que transitan en las imágenes. *Camila 2002*, *El sueño* o *La Grafittera*, son corporeidades que habitan un espacio alegórico donde la naturaleza femenina, silueteada por la algarabía del color, y sus

[Ver resultados](#)

Votar

terminaciones metafóricas de palomas, accesorios y guirnaldas, argumenta una iconografía plena de narración semiótica.

Las recurrencias de paisajes simbólicos dejan entrever una curiosidad en el juego del *leitmotiv* entre la opacidad y las transparencias, asunto que exige de la técnica tanto al óleo, acrílico o acuarela, una acuciosa atención. Luis Paulino Delgado la logra en *Amanecer en Coronado* (1999), sugerente como los *Acantilados de Playa Escondida*, de Gisela Stradtmann, donde la acuarela vence la liquidez del agua y casi se olvida de los otros elementos que componen la obra.

Felo García es la otra cara de la moneda, aquí la abstracción se agarra de una textura graduada del color como en *Abismo* 1998.

El importante ejercicio del retrato neoclásico –pensemos en la formación de grandes de la vanguardia–, ocupa un espacio con Gonzalo Morales, que, sin embargo, deja entrever un buen manejo del óleo en *Cuadro envuelto* (2003), obra ausente de figuración, que José Sancho explaya convincentemente en cuatro esculturas talladas en mármol negro (2002).

Pecado original y Grito del alma (2003), refieren un tratamiento de estancias conocidas de la neovanguardia, asimismo válidas, por esa nota del empleo de acrílico en tela a través de una brillantez desbordante del color, donde la obra de Isidro Con Wong alcanza un valor expresivo muy puntual, también reconocido en Bernal Ponce, pero esta vez desde un fresco lenguaje primitivista del que *Vecindario de papel* (1993) es una muestra.

Dinorah Bolandi, con el trazado urbano de sus retazos de tela, diseña un orden espacial con una atmósfera real dada por el estampado y los colores de las telas. Son fragmentos de ciudad cocidos a mano, tal y como se construyen en la realidad. Intención que aún va más lejos en *Madre # 2* (1985) y *Escazú* (1991), dibujos en grafito papel y lápiz de color con una pureza de línea exquisita.

Lola Fernández sentencia en *La cafetera* (1999) como "un cuadro puede ser tan arbitrario como la vida", y no solo es cierto, sino que acuña una deliciosa radicalidad en esta y su otra pintura, *Mujeres*, cuyos cuerpos translúcidos autoexpresan cierta pérdida de conciencia de la que no es responsable el color, sino el pincel que lo arremete en una suerte de recreación onírica, una subjetividad que grita de frente y no acata lo convencional y establecido.

Una cuerda que Zulay Soto explora sin figuración, con micro escenas estructuradas a través de recuerdos, especie de vehículos para atraer el mundo de los pormenores y la cotidianidad.

Aquí se anudan collages, técnicas mixtas, ironías de reminiscencias, desechos en trozos de verdades que *El barco vikingo* (1983) y *La alegría de pintar* (1991) vuelven poesía, esta vez cambiando las palabras por esos primeros compases de *La catedral sumergida* que Zulay remeda, y Debussy dejó para bien de nuestra impaciencia.

© 2003. LA NACION S.A. El contenido de nacion.com no puede ser reproducido, transmitido ni distribuido total o parcialmente sin la autorización previa y por escrito de La Nación S.A. Si usted necesita mayor información o brindar recomendaciones, escriba a

webmaster@nacion.com